

transformacion interior y morir para sí mismo, á fin de no vivir más que por Dios y para Dios; en una palabra, humillarse mucho, á ejemplo de Santa Isabel. Hagámoslo así fielmente, durante esta corta y miserable vida, para que con la gloriosa Virgen podamos cantar eternamente en el cielo: *Mi alma engrandecé al Señor!*

¡Hermoso y admirable cántico, que sobrepuja á todos los que habian sido cantados en la antigua ley por las otras mugeres! ¡Cántico más excelente que el de Judit; (Judit. XVI.) más hermoso, sin comparacion alguna, que el que cantó la hermana de Moisés, cuando los hijos de Israel hubieron pasado el Mar Rojo y Faraon y los Egipcios fueron sepultados en las aguas; (Exod. XV.) más que el que fué entonado por Débora y Barac, despues que Dios les dió la victoria sobre sus enemigos; (Jueces. V.) en fin, más hermoso que todos los cánticos que han sido cantados por Zacarías, por Simeon y por todos los otros que menciona la Escritura! (Lúc. I y II.)

*(Primer y segundo sermon de la Visitacion.)*

## CAPITULO XVII.

### Maria en Belen.

**I**MAGINÉMONOS ver á Señor San José con la Santísima Virgen, llegar á Belen y buscar por todas partes dónde alojarse, sin hallar ninguno que quiera recibirlos. Oh Dios mio! qué desprecio y repulsa hace el mundo de las personas celestiales y santas, y cómo estas dos almas justas abrazan voluntariamente esta abyeccion! Ellos no se ensalzan, ni hacen observaciones acerca de sus calidades, sino que sencillamente reciben esa repulsa y aspereza con una mansedumbre sin igual.—Oh! cuán miserables somos! el menor olvido que se hace del honor puntilloso que se nos debe, ó que nos imaginamos que se nos debe, nos turba, nos inquieta, excita nuestra arrogancia y nuestro orgullo; donde quiera queremos colocarnos á viva fuerza en el primer rango! Ah! ¡cuándo tendremos esa virtud, el desprecio de nosotros mismos y de las vanidades?

Consideremos cómo Señor San José y Nuestra Señora llegan á la entrada del lugar que servia á veces de establo á los forasteros, para que allí tuviera lugar el nacimiento del Salvador. ¿Dónde están los soberbios edificios que la ambicion del mundo eleva para habitacion de los vi-



les y detestables pecadores? Ah! qué desprecio de las grandezas del mundo nos ha enseñado ese divino Salvador! Qué dichosos son aquellos que saben amar la santa sencillez y moderacion! Qué miserables somos nosotros! Necesitamos palacios, y todavía no es bastante! Y he aquí á nuestro Salvador, pobre y lastimosamente alojado bajo un techo destruído y sobre paja!

Consideremos á ese pequeño y divino niño recién nacido, desnudo, con frío, en un pesebre, envuelto en pañales. ¡Cuán pobre es todo, cuán vil y abyecto; y cuán delicados somos nosotros, cuán apegados á nuestras comodidades y amantes de las sensualidades! Preciso es excitarnos grandemente al desprecio del mundo, y al deseo de sufrir por Nuestro Señor las abyecciones, incomodidades, pobreza y necesidades.

Veamos cómo Nuestro Señor ha vivido siempre en una abnegacion completa de todos los placeres sensuales, aunque tuvo una pureza incomparable. Desde su entrada al mundo, privó á sus sentidos de toda clase de placeres, y en primer lugar, sufrió en el tacto un frío extremado. Según la revelacion que Santa Brígida tuvo del Nacimiento de Nuestro Señor, dice que estando Nuestra Señora en una gran abstraccion y recogimiento interior, vió en un instante al divino niño acostado sobre la tierra, desnudo y temblando de frío, y que habiéndolo adorado en el acto, lo tomó con gran reverencia y lo envolvió en pobres pañales, que no podían preservarlo de sufrir el rigor del frío.

Si consideramos el olfato, oh Dios verdadero! ¿qué suavidad y qué perfumes pensamos que puede haber en un establo? Cuando nacen los hijos

de los reyes de la tierra, aunque son hombres miserables y mortales como los demás, se ponen muchos perfumes y se hacen muchas ceremonias para honrar su nacimiento; ¿y qué no debería hacerse para honrar á ese divino Salvador, que no solo es hombre, sino Dios y hombre á la vez? ¡Y qué música para recrear sus oídos, teniendo cerca de sí un buey y un asno, para engrandecer el nacimiento de ese rey celestial! En fin, nada se encuentra que pueda darle contento ó recreacion, fuera de aquel licor celestial de la sagrada y divina leche que su benditísima Madre le hace sacar de su purísimo seno: pues preciso es confesar que era mejor sin comparacion, que el mas delicioso vino que pueda hallarse, lo cual recreaba un poco el gusto del santísimo niño.

Visitemos frecuentemente á ese divino Salvador recostado en el pesebre; supongamos á ese pesebre sobre el altar, y al divino niño con sus dos ojos llenos de lágrimas mas preciosas que perlas; ofrezcámoslo á Dios su Padre, con permiso de su Madre, y pidámosle por nosotros, á fin de que El sea siempre el corazón de nuestro corazón y el único todo de nuestras almas.

Acariciémoslo bien, démosle hospitalidad, cantémosle hermosos cánticos, y sobre todo, adorémosle muy fuerte y muy dulcemente, y en él á su pobreza, á su humildad, á su dulzura y á su obediencia, imitando á su Santa Madre y á Señor San José. Tomemos una de esas queridas lágrimas, dulce rocío del cielo, y pongámosla sobre nuestro corazón, para que no haya en él mas tristeza que aquella que regocija al dulce niño.

¡Oh, qué bien estaremos cerca de ese pesebre sagrado, en el cual el Salvador de nuestras almas



nos enseña tantas virtudes con su silencio! ¿Qué es lo que deja de decirnos, á pesar de estar callado? Su pequeñito corazon latiendo de amor por nosotros, debería inflamar los nuestros! Miremos cuán amorosamente ha escrito nuestro nombre en el fondo de su divino Corazon, que palpita sobre la paja, á causa de la pasion afectuosa que tiene por nuestro adelante! Ni un solo suspiro arroja delante de su Padre, en el cual no tengamos parte, ni hay una sola accion de su espíritu, que no sea para nuestra felicidad!

Qué diremos nosotros cerca de ese divino niño? El no dice ni una palabra en favor de nosotros, solo se declara con llantos, lágrimas y dulces miradas; su santa madre está casi de continuo en silencio, y admira lo que se le dice. Dios mió! Qué grandes cosas nos dice ese silencio! El nos enseña á practicar la verdadera oracion mental; él nos enseña el fervor amoroso de un corazon que está dominado de amor, y que alimentando esos dulces pensamientos, teme perder su suavidad si los pronuncia.

Descansemos lo más dulcemente que podamos, cerca del pequeño y celestial niño: El no dejará de amar nuestro muy amado corazon, tal cual lo tenemos. Miremos cómo recibe el aliento de aquel buey y aquel asno, que no tienen sentimiento ni movimiento alguno; ¿porqué no ha de recibir las aspiraciones de nuestro pobre corazon, el cual aunque no tiernamente ahora, sí sólida y firmemente se sacrifica á sus pies, para ser por siempre servidor inviolable de su corazon, y del de su Santa Madre, y del gran custodio del pequeño rey?

(Opúsculos espirituales.—Sermon para la Vigilia de los Reyes.—Cartas.)

## CAPITULO XVIII.

### Maria y los pastores.

**D**E todo el numeroso pueblo que habia entonces en Belen, solamente sencillos pastores fueron á visitar á Nuestro Señor, y despues de ellos, los Reyes magos que vinieron desde muy léjos á reconocer y rendir homenaje al divino Rey recién nacido y recostado en un pesebre.

Cuando los ángeles fueron á anunciar la nueva de este dichoso nacimiento á los pastores, les dieron estas admirables señales: Id, les dijeron, *encontrareis al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.* (Lúc. II.) ¡Qué señas son estas para hacer reconocer á Nuestro Señor, y qué sencillez la de los pastores, de dar fé á lo que se les dice! En verdad que los ángeles hubieran tenido algun motivo para hacerse creer, si hubieran dicho: id, y encontrareis al niño todo resplandeciente de luz, sentado sobre un trono de marfil y rodeado de cortesanos celestes que lo acompañan.

Observemos que solo los pastores que velaban sus rebaños, tuvieron el honor y la gracia de escuchar esa grata nueva del nacimiento del Salvador, para mostrársenos, que si no velamos sobre el rebaño que Dios nos ha dado en guarda,



que no es otro que nuestras pasiones, inclinaciones y facultades de nuestra alma, las que debemos apacentar con santos pastos, y tenerlas sujetas á su deber, no mereceremos nunca escuchar esa nueva tan amable del nacimiento de nuestro divino Salvador y Maestro, ni seremos capaces de ir á visitarlo al pesebre.

¡Qué felices seremos, si lo imitamos fielmente y seguimos los ejemplos que nos dá en su nacimiento!

Qué es pues, lo que hace ese dulce niño? Míremoslo acostado en el pesebre; le encontraremos, como dicen los ángeles á los pastores, envuelto en pañales. Ah! ninguna necesidad había de que estuviera así, pues se acostumbra envolver en pañales á los niños por dos causas. La primera es, porque siendo aún tiernos, si no estuvieran envueltos y ligados, habría peligro de que hicieran algun movimiento forzado, que podría dejarlos contrahechos. La segunda es, por el temor de que se perjudiquen los ojos ó la cara, teniendo libertad de llevarse allá las manos para frotarse cuando quisieran, por carecer de razon para abstenerse de ello, cuando fuere necesario. ¿Mas qué había que temer en Nuestro Señor, supuesto que tenia el uso perfecto de su razon desde el instante de su concepcion? No ha sido pues, sino para darnos ejemplo de una perfecta humildad, por lo que se ha sometido á ser tratado como los demás niños, no queriendo aparecer sino como un pobre y pequeño niño, sugeto á la necesidad y á las leyes de la infancia, como el resto de los hombres, y por esto llora y gime. No es por compasion hácia sí mismo por lo que derrama esas lágrimas, ni por amargura de corazon,

sino sencillamente por conformarse con los demás niños. Por esa misma causa ha querido ser envuelto en pañales y estar sugeto á su Santísima Madre, dejándose tratar y llevar como ella quería, sin manifestar nunca repugnancia alguna.

Y así como vemos que El se deja envolver, sugetar y ligar por su bendita y Santa Madre, así quiere que nosotros nos dejemos ligar y sugetar en todos nuestros caprichos, pasiones, afectos, inclinaciones, y en fin, en todas nuestras potencias, tanto interiores como exteriores, con las ligaduras de la santa obediencia.

Oh Dios mio! cuán bien sienta á nuestra santa Madre el gobernar á ese pequeño niño! Pero es sobre todo amable su caridad, que permite verlo, tocarlo y besarlo á quien quiere. Pidámoslo á ella y nos lo dará; y teniéndolo, quitémosle secretamente una de esas pequeñas lágrimas que están en sus ojos. No es todavía la lluvia, son tan solo los primeros rocíos de sus lágrimas. Es una maravilla cuán admirable sea este licor, para toda clase de enfermedades del corazon.

Pero así como, sin duda alguna, los pastores no fueron á verlo sin llevarle algun corderillo, así tampoco debemos ir nosotros con las manos vacías. ¿Y qué otra cosa podremos presentar á ese divino Pastor de nuestras almas, que le sea mas agradable, que el pequeño corderillo de nuestro amor, que es la parte primera y principal de nuestro espiritual rebaño? El nos quedará muy agradecido por tal presente, y la Santísima Virgen lo recibirá con grande consuelo, por el deseo que ella tiene de nuestro bien, y no debemos dú-



dar de que su divino niño nos mirará con sus ojos benignos y graciosos, como recompensa de nuestro presente y para manifestarnos el placer que con él recibirá.

¡Oh, qué felices seremos, si visitamos cuidadosamente á ese divino Salvador de nuestras almas! En ello recibiremos sin duda un consuelo sin igual. Y así como el maná contenía el gusto de todos los alimentos que podían desearse, lo mismo este divino niño, contiene en sí perfectísimamente toda clase de consuelos; de suerte que cada uno puede encontrar en Él cuánto desee para su satisfacción, con tal que lleve las disposiciones requeridas y que tenga verdadero deseo de imitar los ejemplos que nos dá en su santo nacimiento. Si así obramos, estemos seguros de ser consolados por el divino niño, y de que nos repartirá muchas gracias y bendiciones, como hizo con los pastores, los cuales se volvieron llenos de alegría, cantando las alabanzas de Dios y anunciando á cuantos encontraban las maravillas que habían visto.

Observemos por último, que Nuestra Señora y Señor San José, recibieron consuelos incomparablemente más grandes que los pastores, porque ellos permanecieron siempre con aquel santísimo niño, no abandonando su presencia, á fin de servirle según su poder. Y aunque fueron consolados tanto los que partieron, como los que permanecieron allí, no todos lo fueron igualmente, sino cada uno según su capacidad.

*(Primer sermón para la víspera de la Natividad.—Cartas.)*

## CAPITULO XIX.

### Jesus en los brazos de Maria.

**QUÁN** hermoso es ese pobre y pequeño niño! Parece que vemos á Salomon sobre su gran trono de marfil, dorado y cincelado, cual no lo hubo igual en otros reinos, como dice la Escritura, (II Paral. IX.—17, 22), ni aquel rey tuvo igual en gloria ni en magnificencia; pero cien veces más gustemos de ver al niño pequeñito y amado en el pesebre, que á todos los reyes en sus tronos.

Mas si lo vemos en el regazo de su santa Madre ó en sus brazos, puesta la pequeña boca como un botoncito de rosa, sobre la azucena de su seno, oh Dios! más magnífico le hallaremos en aquel trono, no solo que Salomon en el suyo de marfil, sino aun como nunca estuvo en el cielo ese Hijo Eterno del Padre.

Miremos otra vez al pequeño niño, asido al pecho y cuello de su madre; si le quieren desasir de allí para llevarle á la cuna por ser ya hora, lo rehusa y resiste cuanto puede, por no apartarse de aquel amable regazo. Si le hacen desasir de una mano, se coje con la otra, y si de todo punto le llevan, se acoje al llanto, y teniendo el corazón y los ojos donde no puede tener el cuerpo, vá



clamando á su Madre, hasta que á fuerza de arullarle se queda dormido.

Creible es que la Virgen Santísima, Señora Nuestra, recibía tal contento en llevar á su querido pequeño Jesus en sus brazos, que ese mismo contento impedía el cansancio, ó por lo menos lo hacia agradable. Y si á veces le dejaba caminar á pié, llevándole de la mano, no era porque no hubiera preferido llevarle pendiente de su cuello sobre su pecho; sino que esto lo hacia para irle ejercitando en formar sus pasos y en caminar solo. Y nosotros, como pequeños niños del Padre celestial, podemos ir con El de dos maneras: primeramente, andando con los pasos de nuestro propio querer, conformándolo con el suyo, teniendo siempre con la mano de nuestra obediencia, la de su intencion divina y siguiéndola por donde quiera que nos conduzca, que es lo que Dios requiere de nosotros por la significacion de su voluntad; porque supuesto que El quiere que hagamos lo que se nos ordena, quiere que tengamos la voluntad de hacerlo. Tambien podemos andar con Nuestro Señor sin tener ningun querer propio, dejándonos llevar simplemente segun su divino beneplácito, como un niño en los brazos de su madre, por cierta especie de consentimiento admirable que se puede llamar union, ó más bien unidad de nuestra voluntad con la de Dios. Esta es la manera con la cual debemos procurar comportarnos en la voluntad del beneplácito divino, pues los efectos de ella proceden puramente de su Providencia, y sin que los procuremos, nos acontecen. Verdad es que bien podemos querer que nos acontezcan segun la voluntad de Dios, y este querer es muy bueno; pero bien podemos

tambien recibir los acontecimientos del beneplácito celestial, con una muy simple tranquilidad de nuestra voluntad, que sin querer cosa alguna, acepta simplemente todo lo que Dios quiere que se haga en nosotros, sobre nosotros y de nosotros.

Si hubieran preguntado al dulce niño Jesus, cuando era llevado en los brazos de la Madre, que á dónde iba, con razon hubiera respondido: Yo no voy, mi Madre es quien vá por mí. Y si hubieran vuelto á preguntarle: pero al ménos, ¿no vais con vuestra Madre? habria tenido razon de contestar: yo en ninguna manera voy, ó si voy á la parte á donde mi Madre me lleva, no voy á ella por mis propios pasos, sino por los de mi Madre, por ella y en ella. Y si aún le hubieran replicado: pero á lo menos, oh muy querido y divino niño, ¿quereis dejaros llevar por vuestra dulce Madre? Ciertamente que no, hubiera podido contestar; nada quiero de todo eso; antes como mi muy buena Madre camina por mí, así tambien ella quiere por mí: yo le dejo igualmente el cuidado de ir y de querer ir por mí á donde bien le parezca, y como yo no ando, sino por sus pasos, así no quiero, sino por su querer, y desde que me hallo en sus brazos, no presto atencion alguna ni á querer, ni á no querer, dejando todo otro cuidado á mi Madre, salvo el de estar en su regazo, alimentarme con su leche, y mantenerme bien unido á su amabilísimo cuello, para besarla amorosamente con los besos de mi boca; y habeis de saber, que mientras yo estoy entre las delicias de esas santas caricias, que exceden á toda suavidad, me parece que mi Madre es un árbol de vida y que yo estoy en ella como



su fruto, que soy su propio corazon en medio de su pecho, ó su alma en medio de su corazon: y así como su andar basta para ella y para mí, sin que yo me mezcle en dar paso alguno, así su voluntad basta para ella y para mí, sin que yo tenga querer alguno en el ir ó venir: por eso no me cuido de si vá aprisa ó despacio, si por una parte ó por otra, ni inquiero en manera alguna á donde quiere ir, contentándome de cualquier modo que sea, con hallarme siempre en sus brazos, junto á su amable seno, donde yo me apaciento como entre las azucenas.

Oh divino Hijo de María! Permitid á nuestras almas miserables estos arranques de amor. Id, pues, oh querido niño amabilísimo! ó mejor dicho, no vayais, quedaos así, santamente unido al pecho de vuestra dulce Madre; id siempre en ella, por ella ó con ella, y no andeis jamás sin ella mientras que sois niño!

(*Cartas.—Amor de Dios, Lib. IX, cap. XIV y lib. VII, cap. III.*)

## CAPITULO XX.

### La Purificacion.

**Q**UÉ mayor y más profunda humildad podrá imaginarse, que la que practican Nuestro Señor y Nuestra Señora, dirigiéndose al Templo, el uno para ser allí ofrecido como todos los hijos de los hombres pecadores, y la otra para purificarse? En cuanto á Nuestro Señor, es cosa ciertísima que no podía ser obligado á esta ceremonia, pues solo obligaba á los pecadores y El era la pureza misma. En cuanto á Nuestra Señora, ¿qué necesidad tenia ó podía tener de purificarse, puesto que no estaba ni podía estar manchada, habiendo recibido una gracia tan excelente desde el instante de su Concepcion, que no es comparable en ningun modo, ni con la de los Querubines y Serafines? Pues si bien Dios los previno con su gracia desde que fueron criados, para impedirles caer en pecado, sin embargo, no fueron desde aquel instante confirmados en ella para no poder pecar, sino solamente lo fueron despues, en virtud de la eleccion que hicieron sirviéndose de esta primera gracia, y por la voluntaria sumision de su libre albedrío á su Criador. Pero Nuestra Señora, no solamente fué prevenida con la gracia de Dios en el instante mismo de su



Concepcion, sino de tal manera confirmada en esa gracia, que no podía decaer de ella, ni pecar.

Y sin embargo, el Hijo y la Madre, no obstante su incomparable pureza, van á presentarse al Templo como si hubiesen sido pecadores, como todo el resto de los hombres. Oh acto de humildad incomparable! mientras mayor es la dignidad de las personas que se humillan, mas inestimable es el acto de humildad que ellas practican. Oh! qué grandeza de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, que es su Madre! ¡Qué consideracion tan hermosa, útil y provechosa para nosotros, de la incomparable virtud de la humildad, tan tiernamente amada de Nuestro Señor!

El orgullo es un mal tan comun entre los hombres, que nunca se les predicará é inculcará bastante la necesidad que tienen de perseverar en la práctica de la santa y amabilísima virtud de la humildad. Con este objeto, Nuestro Señor y Nuestra Señora fueron al Templo, tomando la apariencia de pecadores, ellos que no podían serlo, y se sujetaron á la ley que no estaba hecha ni para el uno ni para la otra. ¡Grande é incomparable humildad de Nuestro Señor y de su santa Madre, fué abatirse de este modo!

Veamos ahora cómo nuestro Salvador y su bendita Madre, han acompañado siempre su humildad con una perfecta obediencia. Nuestra Señora no temia la desobediencia, porque no estaba de ningun modo obligada á obedecer la ley, que no se habia dado para ella ni para su Hijo; ella temia tan solo la sombra de desobediencia, en razon de que si no hubiera ido al Templo para ofrecer á su Hijo, Señor Nuestro y para purificarse, aunque ninguna necesidad tenia

de ello, podrían haberse encontrado personas que quisieran indagar acerca de su vida, para saber por qué no obraba como las demas mugeres. Por esto se presenta al Templo, para quitar toda sombra y motivo de sospecha ante los hombres; enseñándonos que no debemos contentarnos solamente con evitar el pecado, sino hasta la sombra del pecado, ni conformarnos con la resolucion de no cometer este ó aquel pecado, sino que debemos evitar las ocasiones que pudieran servirnos de tentacion para hacernos caer. Tambien se nos enseña que no debemos contentarnos con el testimonio de nuestra buena conciencia, sino que debemos tener cuidado de quitar á los otros toda ocasion de mal ejemplo en nosotros y en nuestra conducta.

Este ejemplo de santísima obediencia que nos dán Nuestro Señor y Nuestra Señora, debería excitarnos á someternos absolutamente y sin reserva, á la observancia de todo lo que está mandado, y aun de aquellas cosas que solo nos son aconsejadas, á fin de hacernos siempre más agradables á la bondad divina.

Veamos en fin, cómo podemos hallar en este misterio, una manera excelente de hacer oracion. Muchos se engañan lastimosamente, creyendo que se necesitan tantas cosas y tantos métodos para hacerla bien. Debemos saber que solo hay una cosa necesaria para hacer bien la oracion, que es el tener á Nuestro Señor en nuestros brazos, como el Santo Simeon; y siendo así, nuestra oracion será siempre bien hecha, de cualquier manera que la hagamos. No hay otro artificio, y sin esa condicion, nada valdrán nuestras oraciones, ni podrán ser recibidas de Dios. Nuestro Señor



mismo lo ha dicho: *ninguno puede venir á mi Padre sino por mí;* (S. Juan XIV.—6) pues la oracion no es otra cosa que *una elevacion de nuestra alma hácia Dios,* (S. Juan Damas. De fide ortod. cap. XIV) elevacion que de ningun modo podemos hacer por nosotros mismos; pero teniendo al Salvador en nuestros brazos, todo se nos hace fácil.

En comprobacion de esto, consideremos un poco al santo hombre Simeon, y veamos cuán bien hace la oracion, teniendo en sus brazos á Nuestro Señor: *Ahora, dice, dejad ir en paz á vuestro siervo, puesto que ha visto su salud en su Señor.* (Lúc. II.) Sería, pues, un extremo abuso el querer excluir á Nuestro Señor Jesucristo de nuestra oracion, y el pensar hacerla bien sin su asistencia, pues es una cosa indudable que no podemos ser agradables al Padre Eterno, sino en tanto que El nos mira al través de su Hijo, Nuestro Salvador. Y así como sucede que cuando se vé al través de uu vidrio rojo ó violado, todo aparece á los ojos del mismo color, así tambien el Padre Eterno, mirándonos al través de la hermosura y bondad de su Hijo, nos encuentra hermosos y buenos segun nos desea: sin este artificio, no somos más que fealdad y la deformidad misma.

Nuestras oraciones son mejor recibidas de la divina bondad, si llevamos con nosotros á su querido pequeño Benjamin, como hicieron los hijos de Jacob cuando fueron á ver á su hermano José en Egipto; pues si no lo llevamos con nosotros, tendremos el mismo castigo con que José amenazó á sus hermanos, que no verian su rostro ni tendrían nada de él, si no le llevaban consigo á su pequeño hermano. (Gen. XLII y XLIII.)

Ahora bien, nuestro pequeño hermano es ese bendito niño que Nuestra Señora presenta en el Templo, entregándolo ella misma, ó por medio de Señor San José, al Santo anciano Simeon; aunque es mas probable que haya sido Señor San José y no Nuestra Señora, por dos razones: la primera, porque los padres iban á ofrecer á sus hijos, como que tenían mas parte en ellos que la misma madre; y la segunda, porque no estando aún purificadas las mugeres, no se atrevian á acercarse al altar donde se hacian las ofrendas. Mas no importando esto mucho, y sea de ello lo que fuere, basta que el santo Simeon haya recibido en sus brazos á ese benditísimo niño. ¡Qué dichosos seremos nosotros, si vamos al Templo dispuestos para recibir esa gracia de obtener de Nuestra Señora ó de su amado esposo Señor San José, á nuestro divino Salvador y Maestro! Teniéndolo en nuestros brazos, nada tendremos que desear, y bien podremos entonar aquel sagrado cántico: ¡ahora sí, Dios mio, dejad ir en paz á vuestro siervo, pues mi alma está plenamente satisfecha, poseyendo todo lo que hay mas deseable en el cielo y en la tierra!

Consideremos en fin, las condiciones que nos son necesarias para obtener esa gracia de tener á Nuestro Señor en nuestros brazos, y recibirle de las manos de Nuestra Señora ó de Señor San José, como aconteció con el santo Simeon. Observemos que el Evangelista dice de éste, que *era justo y timorato; que aguardaba la redencion de Israel y que el Espiritu Santo estaba en él.* (Lúc. II.)

Se dice que era justo, lo cual no significa otra cosa, sino que habia ajustado su voluntad á la de Dios, viviendo segun su santísima ley. Nosotros



ciertamente no somos capaces de hacer bien la santa oracion, si no tenemos nuestra voluntad unida y ajustada á la de Nuestro Señor.

Otra condicion que hallamos ser necesaria para hacer bien la oracion, es que debemos aguardar, como el santo Simeon, la redencion de Israel, es decir, que debemos vivir en espera de nuestra propia perfeccion, sin cansarnos de aguardar, esperando llegar tarde ó temprano al fin de ella, dejando ese cuidado á la Divina Providencia, la cual tendrá cuidado de consolarnos en el tiempo en que haya resuelto hacerlo, como aconteció al santo Simeon; y aunque esto no se verificara sino hasta la hora de nuestra muerte, eso debería bastarnos. Con tal que cumplamos nuestro deber y hagamos lo que está en nuestro poder, tendremos siempre y bastante pronto, lo que deseamos, siempre que lo tengamos cuando Dios quiera dárnoslo.

Otra condicion requerida para hacer bien la oracion, es que debemos, á semejanza de Simeon, ser tímidos, esto es, estar llenos de reverencia delante de Dios en el tiempo en que oramos. Bueno será que contemplemos la reverencia con que ese santo anciano tenia á Nuestro Señor en sus brazos, puesto que tenia el conocimiento de la soberana dignidad de Aquel á quien en ellos llevaba.

Por último, se dice que el Espíritu Santo estaba en el anciano Simeon, y por eso mereció ver á Nuestro Señor y tenerlo en sus brazos. Lo cual nos enseña que es menester que hagamos lugar en nosotros al Espíritu Santo, si queremos que Nuestra Señora ó Señor San José nos den á tener y llevar en nuestros brazos al divino Salvador

de nuestras almas. Si queremos que el Espíritu Santo venga á nosotros, y despues de El, Nuestro Señor, preciso es que seamos sencillos, sin fingimiento ni disimulo; pues como dice el Sabio, no habita el Espíritu Santo en un corazon con doblez y disimulo.

Solo nos falta ya considerar, que teniendo desde esta vida percedera y mortal al Espíritu Santo en nosotros, estando con gran respeto y reverencia ante la Divina Magestad, aguardando con sumision el acontecimiento de nuestra perfeccion, ajustando siempre lo mejor que podamos nuestra voluntad á la de Dios, tendremos sin duda la dicha de llevar á Nuestro Señor en nuestros brazos, como el santo Simeon, y por medio de esa gracia haremos muy bien la oracion, siempre bajo la condicion de haber ántes imitado á Nuestro Señor y Nuestra Señora en la práctica de una soberana y perfecta obediencia, cimentada en una profunda, verdadera y sincera humildad. Despues de esto, nada nos faltará, sino cantar con el santo Simeon: ¡Ahora sí, oh Señor, dejad ir en paz á vuestro siervo, al goce de la vida eterna! En ella nos llevará eternamente su bondad en sus brazos, en cambio de que nosotros lo hayamos llevado en los nuestros, durante el curso de esta vida mortal.

*(Sermon para el dia de la Purificacion.)*



## CAPITULO XXI.

### La Purificacion.

(REPETICION.)

**D**ICE el Evangelista que habiéndose cumplido los dias de la Purificacion de María, segun la ley de Moises, ella fué al Templo para purificarse y para ofrecer á su Hijo, con dos palomas ó tortolillas. (Lúc. II.) Ahora bien, Nuestra Señora no tenia necesidad de purificacion, siendo como era mas clara que el sol, mas pura que la luna, mas hermosa y reluciente que la aurora. (Cant. VI.)

Nuestra gloriosa Señora fué, pues, al Templo, no para purificarse en ella misma, sino solamente en la imaginacion de muchos, que no sabiendo que estaba exenta de observar la ley, hubieran sin duda murmurado, si no hubiera obrado como las demas. En esto nos dá un gran ejemplo de humildad y de obediencia, sujetándose á la ley á que no estaba obligada.

Consideremos á Nuestra Señora llevando á su Hijo al Templo para ofrecerlo al Padre Eterno, y por medio de esta ofrenda, uniéndose con El y uniéndolo con el prójimo. ¡Felices las almas que saben bien esta práctica de ofrecerse frecuente-

mente á Dios y todas sus acciones, en union del Salvador!

Consideremos ahora, la práctica de esa union que efectuó Nuestra Señora, de su Santísimo Hijo con el anciano Simeon. Ella se privó del consuelo que experimentaba de tener á su sagrado Hijo en su regazo, para darlo á Simeon, y en él á todos los hombres, lo cual hizo, porque bien sabia que no lo habia recibido para ella sola, sino para comunicarlo y darlo á todas las criaturas. Por esto lo llevó al Templo y lo entregó al santo anciano Simeon, el cual habiendo recibido al Salvador divino de las manos de Nuestra Señora, lo abrazó, lo besó y lo estrechó dulcemente contra su pecho, como señal de la union interior que su alma tenia con El.

Observemos con este motivo, que hay tres maneras de llevar á Nuestro Señor, diferentes una de otra, en perfeccion y mérito.

La primera es llevarlo sobre la lengua por las palabras; la segunda en el corazon por los afectos; la tercera en los brazos por las buenas obras.

Muchos se contentan con llevarlo solamente en la lengua, diciendo maravillas de El y alabándolo con mucho ardor. Otros hay que lo llevan en el corazon, por afectos tiernos y amorosos, y casi se derriten al pensar y hablar de El. Mas estas dos maneras de llevar á Nuestro Señor, no son gran cosa, si no se agrega la tercera, que consiste en llevarlo sobre los brazos, obrando buenas obras, pues á estas representan aquellos. Preciso es pues, juntar á la vez estas tres maneras de llevar á Nuestro Señor, conforme á lo que El mismo dijo en el Cántico de los Cánticos: *Ponme*



*como un sello sobre tu corazon, y como un signo sobre tus brazos. (Cant. VIII.)*

No nos contentemos, pues, con llevarlo sobre nuestra lengua, hablando de El y cantando sus alabanzas; no nos contentemos tampoco con llevarlo en el corazon por afectos tiernos y amorosos hácia su bondad; agreguemos el tercer modo, que es llevarlo sobre nuestros brazos, obrando generosamente muchas buenas obras, á fin de que podamos alcanzar la gracia de decir con el gran anciano Simeon, al fin de nuestra vida: ¡Señor, dejad ya ir á mi alma en paz, esto es, sacadla de la prision de su cuerpo, para que vaya á gozar de vos en la feliz eternidad!

*(Sermon para el dia de San Blas.)*

---

## CAPITULO XXII.

### La fuga á Egipto.

OBEDIENCIA DE LA SANTA FAMILIA  
AL ANGEL.

**H**ALLÁNDOSE Gedeon en una afliccion extrema, por ruda y urgente querella que le hacian los Madianitas sus enemigos, quienes lo habian sitiado por todas partes, Dios, cuya bondad

es incomparable, tuvo compasión, y le envió un ángel para consolarle, el que llegándose á él, dijo estas palabras: *El Señor es contigo, oh el más fuerte de los hombres!* Entónces el pobre Gedeon, sumamente afligido, le respondió: *Si es verdad lo que tú dices, que el Señor está conmigo, ¿cómo es que estoy rodeado de tantas miserias?* Bien podemos decir otro tanto en el misterio que hoy consideramos: si es cierto que la Santísima Virgen y Señor San José tienen á Nuestro Señor con ellos, ¿porqué los vemos tan llenos de temor, que emprenden la fuga por el recelo que tienen de un hombre mortal, teniendo consigo al Dios cuya magestad y poder son infinitos, y por cuyas órdenes se hacen todas las cosas?

La razon de esto es que Nuestro Señor, al venir á este mundo, no quiso en manera alguna, usar de su poder y autoridad, ni hacer conocer quién era, mostrándose en todo sujeto á las leyes de la infancia. ¡Oh Dios mio! ¿qué le hubiera costado, á El que amaba con tanta ternura á su Sacratísima Madre y á Señor San José su padre estimativo, decirles una palabrita al oido, para advertirles que era menester que evitaran la furia de Herodes, yéndose á Egipto, pero que no tuvieran temor alguno, pues ninguna desgracia les aconteceria? Sin embargo, no lo hizo así, sino que esperó que el Angel San Gabriel viniera á revelar á Señor San José lo que debia hacerse, en lo cual hizo aparecer un admirable abandono, haciéndose desde entónces el modelo perfecto de todos los hombres.

¿Y no hubiera podido inspirar al corazon de su santa Madre ó de su amado padre estimativo, lo